

EL ESPÍRITU,

Semanario científico-literario.

PRECIOS.

En Madrid, un mes. 4 rs.

PROVINCIAS.

Un mes. 5 id.

Este periódico se publica los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes.

Se suscribe en las librerías de CUESTA, viuda de VAZQUEZ y BAILLY-BAILLIERE

REDACCION.

Plazuela de San Miguel, número 8, cuarto principal.

SUMARIO.

ORIGEN DEL ROMANTICISMO. SU CARÁCTER DISTINTIVO DEL CLASICISMO, por D. A. Rodriguez Villa.—DAMIANTI, por D. Emilio Nieto.—PREMIO Y CASTIGO, por D. Gaston Robert de Salles.—RECUERDOS, por D. Valentin Gomez y Gomez.—EL ERMITAÑO, por D. Fernando Brieva y Salvatierra.—PRIMER AMOR, por D. Eugenio Sellés y Angel.—A UN ARROYO. SONETO, por D. Pedro Avial.—REVISTA DE TEATROS, por Don Enrique Ulloa.

ORIGEN DEL ROMANTICISMO.

SU CARÁCTER DISTINTIVO DEL CLASICISMO.

El fanatismo y la supersticion son irrefragable prueba de que el poder del invisible y soberano motor es de todas las ideas la que apasiona y conmueve mas profundamente la inteligencia y la sensibilidad, ó en otros términos, la que es mas poética. Empero esta idea está modificada por el carácter y las costumbres, resultado de la organizacion de las localidades, de la educacion y del gobierno. Las sombrías y austeras extravagancias de las teogonías de la India y del Egipto, pasando á la mitología de los griegos, se tiñeron de los colores del clima de la Atica y de la riente imaginacion de sus habitantes. Los poetas griegos divinizaron sus propias sensaciones, las realizaron é individualizaron en cada fenómeno físico; y á diferencia de sus maestros que habian puesto la naturaleza en la religion, ellos pusieron la religion en la naturaleza.

Segun que el espectáculo de esta es gracioso ó terrible, extravagante ó armonio-

so, obra con mas dulzura ó con mas fuerza sobre la imaginacion productiva de las obras del arte. Las flamantes y movibles fajas de las auroras boreales, las cortinas sin fin de eterna nieve de los lagos helados, de las rocas desnudas, ó sobre las que se balancean algunos pinos, son materia poética en extremo desemejante á la que ofrece el benigno y apacible clima de la Atica.

El gobierno, cuya ciencia mas importante despues de la de hacer á los pueblos felices, y aun en el fin de hacerlos felices, es darles la educacion orgánica y moral mas adaptada á su situacion, no influye menos decisivamente sobre las artes que las dos causas precedentes. Compárese el teatro de Atenas, donde cabian treinta mil espectadores, que siendo todos iguales, podian ser colocados cómodamente, con las salas de espectáculos de los modernos tiempos, que no pueden contener sino un reducido número de ellos. Compárense tambien las fiestas públicas, el aparato de las cortes y los movimientos populares, y se observará que no se han podido desplegar entre nosotros con la misma verdad y magnificencia.

Originaria de la India y del Egipto la civilizacion literaria de la Atica, pasó á los romanos. Estos, como reconocieron los dioses de la Grecia, y tenian casi las mismas ideas de gobierno, no tuvieron que modificar el espíritu de la literatura que les fué transmitida mas que en lo tocante á sus costumbres, recibiendo sin embargo un sello de fuerza inculta, de rudeza y de austeridad con que el genio nacional habia ya marcado la lengua latina.

Mas el águila romana saciada de la sangre de las naciones, entregó su presa á los pueblos del Norte: la barbarie invadió la civilización. La religion, las instituciones y las costumbres de los vencidos no eran bastante fuertes para obrar á su vez sobre los vencedores y dominarlos. No teniendo estos mas que la espada y el número por cimiento de su poder, no pudieron mas que sujetar el cuerpo sin someter el espíritu. Trábose una larga lucha entre los antiguos y los nuevos elementos del imperio. En esta revuelta de ideas, de costumbres, de opiniones, los principios de las artes, de las ciencias y de la filosofía fueron quebrantados, disueltos y como aniquilados. De tiempo en tiempo aparecieron solamente en diversos lugares algunas chispas del fuego sagrado.

Quince siglos de guerra intestina, de movimientos tumultuosos, de sorda fermentación acercaron, mezclaron y fundieron en un elemento los antiguos y los nuevos opresores. Durante este largo y oscuro período una fuerza mas grande que la que dió á la ciudad eterna el imperio del universo, agitándose indistintamente sobre los unos y sobre los otros, hallando débil resistencia en las opiniones caducas y neutralizadas por las opiniones contrarias, habia trabajado, penetrado y dominado la masa entera. Una religion que rompía los hierros de los esclavos, daba un señor á los reyes, un padre comun y una herencia á los que cumpliesen sus leyes, que prometia enjugar las lágrimas de todos los desgraciados; esta religion debia someter, y sometió el universo; resultado de esto fué que la filosofía, las artes y el mundo renaciesen cristianos.

Las artes, que son el relieve del hombre, no pudieron en sus desarrollos modernos librarse de llevar el carácter de las costumbres de los pueblos que las cultivaron. Estas costumbres, resultado de la mezcla de los guerreros venidos del Norte y de los antiguos romanos, recibieron de los primeros un valor inculto y una imaginación llena de las escenas del clima áspero y rudo de que ellos provenian; reci-

bieron de los segundos cierta sagacidad y regularidad, conservada sobre todo en las formas de su lengua. Los unos y los otros, habiendo pasado á través del caos del feudalismo, del que nació la caballería, habian sido modificados por estos dos medios poderosos. Mas el conjunto de sus ideas y de sus afecciones fué notablemente sometido á la influencia del cristianismo y penetrado profundamente de su espíritu. Su pensamiento dominante fué Dios, el valor, el amor y el honor, elementos del *romanticismo*.

Desde entonces una muy notable diferencia se manifestó entre la antigua y la moderna literatura. Esta última espiritualizó lo que la otra sensualizaba.

El cristianismo es quien afortunadamente ha modificado y puede modificar mas la literatura moderna.

El romanticismo, que se podia definir *poesia de la metafísica*, debe aspirar incessantemente á colorar, á hacer palpable lo que de suyo es confuso, fugitivo é intangible, en oposicion á la antigua poesia que buscaba con particular cuidado dar una vida, un alma, un espíritu y afecciones á las cosas que caen bajo los sentidos. En el primer género, nuestro yo es la tabla en la que están dispuestos los colores; en el segundo es el universo físico el que vivifica, anima y colora nuestro yo. Así se vé que estas dos maneras, lejos de repelerse, se atraen y embellecen mutuamente, y que cuanto mas la civilización se remonta á la inteligencia, mas la primera de estas maneras domina en las obras del arte.

Considerado el romanticismo como el resultado de la mezcla de la antigua y nueva civilización, no está menos sujeto á las mismas leyes que las otras producciones del arte, y repudia por tanto los delirios y las quimeras, como todo lo que no redunde en beneficio de la inteligencia.

La diferencia específica que existe entre lo romántico y lo clásico, consiste en que en este nada hay de que la inteligencia pueda darse cuenta por el análisis, mientras que el otro género se pierde en lo vago y místico de las ideas y de los sen-

timientos. El uno es amigo de lo arbitrario, el otro de las leyes.

En cuanto á la preferencia de un género sobre otro, puede decirse que todo lo que es verdaderamente bello en el romanticismo, es clásico; todo lo que es frío, seco, desagradable en el género clásico, no es de ninguna escuela. No hay en las artes mas que bueno y malo, bello y deforme, razonable y extravagante, y lo que está en relacion ó en contradiccion con nuestras facultades.

A. RODRIGUEZ VILLA.

DAMIANTI,

Fragmento de EL MAHABARATO,

POEMA INDIO.

Nalo adora á Damianti, hija de Bima, que es el rey de Vidarba, el grande pueblo y el monarca de Nisa, enamorado lanza suspiros que recoge el viento.

Quiere que hasta ella presurosas lleguen noticias de su amor y sus deseos; y el blanco cisne de las alas de oro á servir se ofreció de mensajero;

«Nalo, dice al gran rey, si tú la adoras
yo hasta sus plantas llevaré tu anhelo,
y en las auras mecido, su respuesta
te traeré mas veloz que tus deseos;
aguarda confiado y ruega á Siva
que proteja tu amante sentimiento.»

Y de su corte el pájaro seguido,
hacia las nubes elevó su vuelo.
Dirigense á Vidarba la soberbia
y el régio alcázar divisaron presto.
Entran en él, y de Damianti buscan
el perfumado y mágico aposento.
Estaba en las alfombras recostada
con sus lindas doncellas sonriendo.
Y humíllanse á sus pies; y la princesa
admira su plumaje y sus gorjeos.
Se lanza á coger uno entusiasmada,
precipítanse todas en pos de ellos;
y ellos huyen; deslízanse sus pies
con rapidez por el mármoleo suelo;
vuelan á la floresta, y las doncellas
les siguen locas con pueril deseo.

Queda sola Damianti; y de la sombra
aun mas lindo que todos, mas etéreo,
un pájaro aparece que escondido
perseguir contempló á sus compañeros.

«Damianti, dice á la sin par princesa
tomando de los hombres el acento,
sobre Nisa domina un gran monarca
que es superior á todo el universo,
que es casi un Dios bajo la humana forma
cual los gemelos asuinos bello,
Noble Damianti, sin igual princesa
si le aceptares por esposo y dueño
bellos y nobles nacerán tus hijos
de los dos la hermosura reuniendo.

Hemos visto los dioses, los gondarras,
las serpientes, los hombres altaneros,
los rischis..... pero nada compararse
puede á Nalo en lo hermoso y en lo tierno.
Mujer encantadora, virgen suave
de los amores, de Vishnou destello,
el que tu mano á pretender se atreve,
es orgullo cual tú del universo.»
Damianti escucha y de sus negros ojos
despréndese una lágrima de fuego,
«Dá esta respuesta de Damianti á Nalo»
dice al alado y dulce mensajero.

Vá á elegir un esposo la princesa.

Reyes, príncipes, dioses, van viniendo
su mano á disputar; y ella entretanto
solo á Nalo consagra sus afectos.

«Dentro de una hora elegirás, la dice
este, á sus pies rendido con acento
melancólico y suave, ¿por qué, hermosa,
cuando te brindan con su amor escelso
los dioses mas altivos, tú prefieres
un mortal como Nalo tan pequeño?
El polvo que levantan á su paso
es mas noble que yo; no obedecerlo
es arrostrar la muerte; ¿tú no temes
su venganza cruel de tu desprecio?
¡Oh! tú de las mujeres la mas bella,
si eliges algun dios por dulce dueño
envolverán con esplendor divino
de su manto las orlas á tu cuerpo,
y ostentarán su fulgurante brillo
y un dulce aroma esparcirán eterno
las flores que tus sienes coronando
aureola serán del universo;
y tu sonrisa extinguirá las penas
y con tu llanto esparcirás consuelo.
No te quiero engañar; ¡valgo tan poco!
escoge; con el alma te lo ruego.»

Y mientras Nalo hablaba, negra nube
de lágrimas amantes escondiendo

los ojos de la virgen pudorosa
su pasión espresaron en silencio.

«Héroe, dice por fin, dignos los dioses
son de culto y humilde acatamiento;
yo los adoro; mas por dulce esposo
te elige á tí mi amor; tú eres mi dueño;
nada tengo sin tí, todo contigo
y adorándome tú, ya nada temo.»

Pasó un hora por fin; el gran rey Bima
con su corte salió de su aposento.

Llegó la *Swayambara* y un esposo
vá á elegir la princesa ante su pueblo.

Columnas en tropel, de oro macizo
se ostentan la gran sala sosteniendo
dó se acercan los héroes lentamente
á través de los pórticos inmensos
cual pasean por vastísimas colinas
pintados leopardos altaneros.

Asientos de mil formas y labores
ante el trono mostrábanse dispuestos
á recibir los nobles personajes
que honraban de Damianti el aposento.

Llegan ya; sus orejas ostentaban
piedras preciosas de valor inmenso;
de flores odoríferas, coronas
cuyo aroma enloquece los cerebros
sus erguidas cabezas adornaban
prendidas en sus fúlgidos cabellos
que en trenzas divididos, cual racimos
lentamente ondeaban con el viento.

Rebosando frescura y lozanía,
y á la vez delicado era su aspecto
cual serpiente flexible, como junco,
y de anillos durísimos, de hierro;
y sus brazos en fin, son de gigante
que levantan altivos hasta el cielo.

Damianti vá á elegir; pero de pronto
lanza un grito de angustia, de tormento;
es que al alzar la vista, sorprendida
entre el concurso que la cerca inmenso
vé cinco héroes cual Nalo en su presencia,
con la faz de su amante, con su aspecto.
Comprende que los dioses envidiosos
su pasión hácia Nalo conociendo,
han tomado su rostro, su figura
pensando alucinarla por completo.

Vacila la doncella; temblorosa
vuelve en torno la vista. ¿Será un sueño?
una ilusión no mas de sus sentidos?
Mas ya vé claramente; ¡todo es cierto!

Y juntando las manos, delirante
así dice con hondó desconsuelo;

«¡Oh dioses! hasta hoy mi pobre vida
fué pura cual mi alma; si mi anhelo
si la inocencia que mi ser envuelve,
si mi amor hácia Nalo tan intenso,
pesa algo en vuestro juicio soberano,
atended á mi voz, oid mi ruego.
Por mi culto á los dioses os conjuro,
por mi amor, mi pureza, mis deseos,
oh vosotros custodios de la vida
mostráos como sois al universo
y consentid que se aparezca Nalo,
que en él cifro mi amante sentimiento.»

Y como aquel que con el alma pida
jamás verá fallidos sus deseos;
(que el destino fatal hace que siempre
plegaria ó maldición lleguen al cielo).
De Damianti á la voz todos los dioses
su mentido semblante desprendiendo
y abandonando terrenal miseria,
con su aspecto divino aparecieron.

En el éter suavísimo mecidos
no tocan con sus piés el torpe suelo;
cual de cristal estatuas transparentes
aparecen inmóviles, serenos,
coronados de flores inmortales,
cual la aurora que nace, sonriendo;
nunca mueven sus ojos, tan brillantes
cual los rayos del sol, como él inmensos;
nunca una gota de sudor su frente
llega á empañar, ni nunca de su cuerpo
se proyecta la sombra y á sus plantas
contemplan humillado al universo.

Pero de Nalo la hermosura humana
cubren polvo y sudor, su pobre cuerpo
proyecta larga sombra en el espacio,
tiembla al sentar sus plantas en el suelo
y en sus miradas vacilantes, tristes,
demuéstrase el dolor, el desaliento.

Damianti le conoce... y pudorosa
la dulce virgen de los ojos negros
coge el manto de Nalo y de su orla,
enlaza venturosa, sonriendo
la guirnalda de flores que sostiene
aprisionada en sus éburneos dedos.

Al ver tal elección, queda el concurso
asombrado un instante y en silencio;
mas al cabo admirando á la doncella
sus aplausos sin fin, repite el eco,
y sobre ambos amantes venturosos
de Brahmma baja bendición de fuego.

EMILIO NIETO.

PREMIO Y CASTIGO.

El mundo callaba doliente.

El Salvador clavado en la cruz, que vino después á ser el símbolo de nuestra redención, moría por alcanzarla en el calvario del Gólgota.

Y su pálido pero dulce rostro, tenía esa calma y esa sensible belleza, aureolas de la resignación y del martirio.

De su divina frente coronada con infamantes espinas caían sobre su hermoso semblante algunas gotas de sangre que oreaba avaro el viento antes de que tocaran la tierra para lavar sus manchas.

Triste y sublime bautismo.

Y su costado también manaba sangre por cinco heridas, manantiales eternos y sagrados del perdón y de la esperanza de una mejor vida.

Sin embargo, el cielo cubierto de espesas y negras nubes parecían querer ocultar el mundo en los pliegues de un fúnebre velo y economizarle el espectáculo de esa agonía empapada de lágrimas. Se oía en el espacio como clamores de combatientes mezclados con el esplendor de los relámpagos, cuyo surco de fuego venía por intervalos y profundidades del entreabierto firmamento á alumbrar la montaña con una luz ardiente. Se dice que los muertos despertados saltaron y hablaron en sus sepulcros de piedra, que la tierra súbitamente se conmovió hasta sus entrañas, que los ríos abandonando su lecho, subieron hacia su manantial y que se oía á lo lejos el ruido de un mar encolerizado.

Esclavos sumisos y adheridos, los elementos lloraban la muerte del Señor y amenazaban á los asesinos.

Aterrados los apóstoles, habían huido, y los judíos, llenos de pavor, se preguntaban: «¿Será el hijo de Dios?»

Los soldados encargados de velar la ejecución y colocados de centinelas del ajusticiado, habían abandonado sus puestos después de haberse repartido los despojos de la víctima.

Jesucristo, moribundo, estaba solo, ¡solo!.... sin embargo, al pie de la cruz, en la sombra se distinguían algunas indecisas formas, melancólicos fantasmas poco cuidadosos de la tempestad. Hacían la fúnebre velada y parecían colocados en su dolor, como Adán desterrado en el umbral del Eden.

Eran, en efecto, Juan, el muy querido discípulo de Jesús, la Virgen de Belén, madre del Salvador, y María Cleofás, grandes y fuertes naturalezas, que habían encontrado en su corazón un valor que había faltado á ese pueblo corrompido,

sin nación ya, puesto que pertenecía al imperio romano, y bastante envilecido para herir en el rostro á un hombre cautivo y sin defensa.

Cargado con la cruz en que iba á morir, la víctima ofrecía á su padre el sacrificio de su vida; así como Juan, consagrado á la pira, llevaba él mismo la leña del holocausto.

Cerca del suplicio estaba también la arrepentida Magdalena, con la frente inclinada sobre los pies del muy amado, los tenía abrazados, los humedecía con sus lágrimas, bálsamo más precioso y aun más puro que los perfumes de myrra, de que se había cubierto otras veces.

Durante este tiempo dos pájaros se posaron en el árbol de redención.

El que vino á posarse en el brazo izquierdo de la cruz era una urraca, que con sus chimerías y su discordante cháchara vino á insultar la agonía del paciente y á aumentar sus tormentos.

Lo mismo que Satanás antes de su caída era el más bello de los serafines, así, antes de la maldición divina, la urraca era el más bello de los pájaros. Parecía que Dios había agotado los recursos de su poder, reuniendo en ella las bellezas y maravillas diseminadas en la creación. Las doradas tintas de la mañana se grababan en sus alas con el azul de los crepúsculos; ninguna tenía el colorido aterciopelado de su brillante garganta, y los diamantes más puros, las más preciosas piedras, en vano hubieran casado sus aguas y rayos para igualar el brillo de su cresta.

El otro pájaro, pequeño y moreno, vino sin duda arrojado por la tempestad, á abatirse como una hoja muerta, sobre el brazo derecho del tormento para pedir abrigo y protección al que se inmolvaba por la humanidad entera. Sacudía sus mojadas plumas, arrojando de tiempo en tiempo gritos de tristeza y sufrimiento; después, aproximándose al Crucificado, revoloteaba al rededor de su pálido rostro, enjugando con sus alas las lágrimas que corrían de sus ojos, esforzándose en arrancar con su diminuto pico las espinas de la corona, cuando una gota de sangre, nacida de la frente divina, cayó sobre su garganta y coloró para siempre su modesto plumaje.

«Yo te bendigo, pobre pájaro, dijo el Señor, por donde hagas oír tu dulce y melancólico canto. llevarás la dicha y la paz. ¡Dichoso será el techo donde hagas tu nido! Tus huevos tendrán el color azul del firmamento, y tú serás siempre en todas partes el ave de buen augurio, el pájaro de Dios.

»Y tú, dijo á la urraca, tú que no has tenido piedad de mis dolores y que has llenado de amargura mis últimos instantes, serás un pájaro maldito. No tendrás esa belleza de que pareces enor-

gullecerte; augurio de desgracia, tus colores serán desde hoy los de luto y tristeza; no llevarás esa corona insigne, adorno de tu real belleza. Cubre, cubre tu nido, que nunca podrás preservarle de la lluvia.»

Las palabras de Cristo moribundo han dado su fruto.

El pardillo, á pesar de su timidez, es el habitante de las chozas, en el hogar de las cuales se calienta durante el invierno; se le recibe con complacencia, y cuando llega se le acaricia. A los primeros rayos primaverales canta en el borde de la ventana ó en el escaramujo del cortijo; es el amigo de la casa.

La descarada y parlanchina urraca pide siempre un abrigo, que se la rehusa, y rechazada con desprecio, se posa tristemente sobre las ramas del árbol viudo de hojas y cubierto de escarcha.

GASTON ROBERT DE SALLES.

RECUERDOS.

Soplan los aires frios
de la montaña,
gimiendo de los árboles
entre las ramas
como el acento
que arrancan los pesares
de nuestro pecho.

¡Van muriendo los días
con mas presteza,
por el suelo se esparcen
las hojas secas;
por todo miro
que pasaron las suaves
noches de estío!

¡Recuerdas, alma mia,
cuando la luna
se reflejaba sobre
tu frente pura?
¡cuando mi aliento
llevaba á tus ventanas
el aire ledo?...

¡Ay! tu llanto me dice
que lo recuerdas,
dígate que no olvido
mi horrible pena...
¡dichas pasadas!
un adios os envia
de un triste el alma.

¡Todo huyó! cielo y tierra
negros anuncian
que veloces avanzan
nieblas y lluvias;
¡es el invierno!
¡el imán melancólico
de mis recuerdos!

VALENTIN GOMEZ Y GOMEZ.

EL ERMITAÑO.

I.

Los caminantes.

Horrible era la noche.

Negras y preñadas nubes cubrían el bello azul del firmamento y arrojaban sobre los espesos jarales y ásperas rocas de uno de los mas frágiles montes de la Lusitania, torrentes de agua, engrosando los arroyuelos y convirtiéndolos en caudalosos rios, parecían querer destruir la naturaleza. Furioso el vendabal hacia crugir con quejumbroso eco los añosos troncos de las encinas, y resonando en los cóncavos espacios de la montaña, asemejaba á los gemidos de un moribundo. ¡Espectáculo imponente! Espesa oscuridad envolvía en negro sudario á la tierra y la convertía en un inmenso caos solo, á veces interrumpido por el lívido fulgor de un relámpago, que descubriendo tal vez un precipicio, volvía á dejar á la naturaleza sumida en negras tinieblas. Diríase que la cólera de Dios había caído sobre los míseros mortales.

Como si desafiasen osados el furor de la tempestad, y cual los genios de la desolacion caminaban por una estrecha vereda rodeada de medrosos abismos, dos al parecer caballeros (si se atiende á su marcial y apuesto continente), envueltos en negras capas y montados en poderosos corceles, que cubiertos de ardiente espuma, solo se sostenían merced al poderoso estímulo de las largas tizonas de los ginetes, que mal de su grado les obligaban á proseguir la marcha.

La tempestad arreciaba por instantes.

—Parece que la naturaleza también llora nuestra desgracia y la de España, amigo Rosmundo,—dijo uno de ellos,—y por Dios que bien hace, que la catástrofe del Guadalete algunas lágrimas ha de costar á nuestra pobre patria.

—Hoy hace por cierto dos años, señor, ¡triste recuerdo! Creed que siento mi corazón desgarrado de dolor al recordar nuestra derrota y la traición de don Julian y don Opas á quienes

Dios maldiga. ¿Y don Rodrigo? Si le hubiésemos visto como yo cual bravo león defenderse de la regicida espada de don Julian. Si le hubiésemos visto destrozar valientemente un puñado de esos moros infieles que con el maldito Conde venían... Sus golpes eran mortales, y cada golpe costaba una vida; ya fué ensanchando el círculo de hierro que le rodeaba é iba yo á ayudarle á vencer y á salvar su vida, cuando el alfanje de uno de sus contrarios le derribó en tierra y destruyó en él la última esperanza de salvación. Despues.... ya sabéis lo que sucedió; nuestras huestes se dispersaron, y Tarif quedó dueño de nuestras vidas y haciendas.

—¡Pobre España!—murmuró el caballero, y una lágrima resbaló por su mejilla y fué á sepultarse en su negra y lustrosa barba.

Largo rato caminaron nuestros caballeros silenciosos y sumidos, al parecer, en tristes meditaciones.

Mas llegó un momento en que la tempestad redobló de tal modo sus furiosos, que ya no fué posible continuar su marcha, los valientes corceles, llenos de fatiga y cubiertos de sudor, ya no obedecían á las tizonas de sus ginetes, y creyeron estos que tendrían que esperar allí la llegada del alba, sufriendo las inclemencias del cielo, y tal vez espuestos á morir despeñados en uno de los profundos abismos que rodeaban la estrecha senda que les sustentaba.

—¡Dios y su bendita Madre nos valgan! Rosmundo,—dijo el caballero,—ellos nos saquen de este peligro para que pueda salvar á mi patria; y juro que el estandarte de la Cruz y el nombre de María, serán acatados por los infieles.

En este instante un espantoso trueno hizo estremecer á nuestros caballeros, que devotamente se santiguaron, y al resplandor de un relámpago pudo descubrir Rosmundo la entrada de una oscura caverna.

—La santa Virgen nos ha oído, señor,—dijo señalando aquella gruta salvadora:—al abrigo de esa roca podremos guarecernos de la tormenta, y esperar la luz de un nuevo día para continuar la marcha.

—Sí, entremos Rosmundo, y ojalá conserve la vida para bien de mi querida patria.

Los dos caballeros descabalgaron, y llevando del diestro á sus corceles, despues de mil peligros, y de haberse visto mas de una vez espuestos á rodar por las ásperas rocas del monte, pudieron acercarse á la boca de la caverna. Ya iban á penetrar en ella, cuando el cuadro aterrador é imponente que se presentó á su vista, les obligó á retroceder conmovidos.

II.

La expiación.

En un miserable lecho de podrida paja sobre el húmedo suelo estendida, yacía un monje pálido y descarnado, y en cuyo rostro contraído por las convulsiones de la agonía, se hallaba retratada la imagen del remordimiento y del dolor. Sus ya velados y apagados ojos se movían en sus órbitas cual si le atormentara una terrible idea, un fuerte recuerdo; su encanecida y luenga barba se agitaba nerviosamente á impulsos de un estremecimiento convulsivo, y sus huesosas manos tenían en su delirio fuertemente asido un objeto que no era posible distinguir.

Otro monje arrodillado á sus pies, y con la cabeza inclinada sobre el pecho, derramaba torrentes de lágrimas.

Todo esto podia distinguirse á la moribunda luz de un sucio farolillo, que á una imagen de la Virgen alumbraba; el resto del cuadro estaba sumido en la oscuridad.

Esta lúgubre escena era la que habia hecho detener á nuestros caballeros conmovidos y horrorizados á la entrada de la gruta.

(Se concluirá.)

FERNANDO BRIEVA Y SALVATIERRA.

PRIMER AMOR.

Madrecita, madrecita,

¡ay mi alma!

¿qué tengo dentro del pecho

que me abrasa?

Una tarde fuí al valle,

¡Virgen santa!

fuí alegre y torné triste

á mi casa.

¡Ay! madrecita, allí cerca

de la rambla

escuché de un zagalillo

las palabras.

¡Ay, madre! ¿qué dulces mieles

destilaban,

que tras de sí el alma mia

se llevaban?

Mientras en la fuenteica

cogí agua,

mi nombre escribió tres veces

en un haya.

Y despues cuando partiera

por la rambla,

aquel árbol sin pensarlo

yo besaba.



Porque fuí al vallecico,
¡Virgen santa!
fuí alegre y torné triste
á mi casa.

Desde que el rojo sol dobla
la montaña,
pienso en aquel zagalillo
hasta el alba.

Y mas tiernas me parecen
sus palabras
que el balido de la oveja
solitaria.

Madrecita, madrecita,

¡ay mi alma!

¿qué tengo dentro del pecho
que me abrasa?

¡Zagalillo, zagalillo,

que me matas,

¡torna el bien que robaste

á mi alma!

EUGENIO SELLÉS Y ANGEL.

A UN ARROYO.

SONETO.

Arroyo limpio de bullentes ondas
Que surcas del ramaje la espesura;
Oye mi acento y en la selva oscura
Tu corriente, tan rápido no escondas.
Déjame desahogar las penas hondas,
Que el alma entera llenan de tristura,
Y con dulce rumor, á mi amargura
Al cielo plegue, que veloz respondas.
Déjame reposar de mis dolores
En tu margen dichosa, y de la vida
Despreciaré por siempre el ruido vano;
¡Déjame que en tus senos bullidores
Una lágrima arroje, y confundida
Con tu corriente, marche al Océano!

PEDRO AVIAL.

REVISTA DE TEATROS.

El teatro de Jovellanos ha encontrado la horma de su zapato. Todas las tardes se lee en la rejilla del despacho de billetes estas palabras; especie de *vade retro* que sonarán con tan encantadores acentos en el oído de los empresarios.

No hay billetes para la función de esta noche. Porque *La Conquista de Madrid* es una verdadera *Conquista del Potosí* para el señor Gaztambide.

Ya en la revista anterior nos hemos ocupado, aunque ligeramente de ella, y por tanto hoy poco debemos decir. Añadiremos sin embargo, que consistiendo el género de la zarzuela en un verdadero *eclecticismo* literario, ni lo muy bueno ni lo muy malo es á propósito para ella. Por eso *Amor y Arte*, del ilustre Zorrilla, siendo mas bien drama pasó desapercibida, fué el águila que se perdió entre las nubes, por eso otras muchas (véase el catálogo de este teatro) pasaron silbadas, fueron las tortugas que no acertaron á levantarse del suelo. *La Conquista de Madrid*, como argumento es ni muy bueno ni muy malo, es el propio de una obra de este género: por tanto puede ser el verdadero tipo de la zarzuela: la versificación es admirable en su totalidad, la música regular. Finalmente, el aparato escénico que es lo que descuella en esta obra, no es de *relumbron* sino de *sentimiento*, principalmente en el segundo acto, lo cual habla muy en favor de los pintores escenógrafos. Solo hemos notado una falta de tacto indisculpable en el señor Larra: el hacer que sin necesidad presencie Zulima la tentativa de envenenar al rey y no dé ni un grito, ni intente en modo alguno impedir la lectura fatal detenida por bastardas y necias consideraciones. Esto no cabe en el pecho de una mujer noble, y Zulima se hace aquí antipática por su pasividad.

Eclipse parcial, del señor García Gutierrez, es una verdadera obra maestra: sujeta á todas las prescripciones literarias, fácil, sencilla, admirablemente versificada, lo reúne todo para entrar en el número de las joyas de nuestra moderna literatura. La ejecución inmejorable, principalmente por parte de la Matilde Diez. Bien puede su autor quedar completamente satisfecho.

Otra de las novedades de la semana pasada, fué el baile con que los señores de Scler obsequiaron á sus amigos. Inútil é insuficiente sería todo elogio detallado. Baste decir que fué brillante, lucidísimo y extraordinariamente concurrido hasta el punto de hacer de él el mejor de esta temporada é indudablemente de los mejores de que podremos disfrutar en adelante.

ENRIQUE ULLOA.

El secretario de la Redaccion, A. de Q. y GUEDEA.

Editor responsable, FELIPE LASARTE.

IMPRENTA DE C. MOLINER Y COMPAÑÍA, Cervantes, 17, pral.